

# JUAN BRITO: EL SECRETO DE LA CERAMICA ABORIGEN

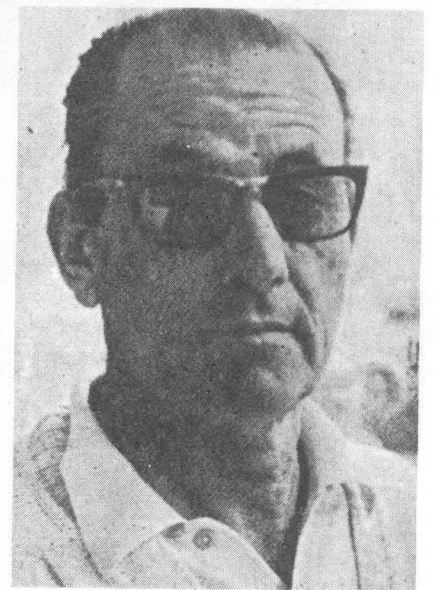
Desde la época prehispanica, la tradición de la cerámica popular en Lanzarote tuvo, hasta fechas recientes, un vigor y una claridad de líneas excelentes, dando lugar a una producción con sello propio, identificable. Quizás las piezas más perfectas procedían de la zona de El Mojón, lugar habitual de una casta de alfareros que da nombre al tipo de cerámica más conocido en aquella isla. Esos alfareros repetían las formas heredadas de los aborígenes insulares: jarras, cuencos, calderos, etc. con una funcionalidad estrictamente utilitaria; tales utensilios seguían cumpliendo, entre la sociedad agraria de la isla, la misión para la que habían sido diseñados bastantes siglos antes.

A mediados de la década de los años treinta, esa tradición se extinguió. Quizás por la falta de interés de las nuevas generaciones hacia la profesión de alfarero; quizás por el bajo rendimiento económico de ésta, y, desde luego, por el progresivo despoblamiento de las zonas rurales, tanto en El Mojón como en los

otros lugares donde se realizaba, la cerámica popular, cuyos secretos de confección se transmitían de padres a hijos, dejó de hacerse. Se perdía así un importante legado cultural, uno más de los muchos que han desaparecido provenientes de los aborígenes canarios.

Desde luego, restablecer una tradición no es tarea fácil. Desaparecido el medio humano que le da su justificación, toda instauración se convierte en algo artificial, desnaturalizado, gratuito. Son precisas un cúmulo de circunstancias favorables para que lo que lleva camino de ser un pastiche se transforme en algo totalmente genuino. Esas circunstancias se dan, afortunadamente, en Juan Brito, un alfarero vocacional que ha restaurado, casi intuitivamente, la tradición de la cerámica popular en Lanzarote.

Juan Brito es un ejemplo poco común de artista vocativo que llega a ejercer su arte después de haber dado un largo rodeo por diversas profesiones como si realizar ese trabajo exigiera una previa sucesión de experiencias



distintas y preparatorias. Juan Brito Martín nació en Tinajo -un pueblo bizantino trasplantado a Lanzarote, en 1919. No fue nunca al colegio. Desde niño, trabajó en el campo, con su familia. Fue agricultor primero, luego, pastor. A los treinta y dos años cambió la agricultura por la artesanía: realizó entonces una serie de utensilios de empleo campesino: aperos de labranza, ▶

## **BRITO: EL SECRETO DE LA CERAMICA ABORIGEN**

arandas, balayos, etc. Con hojas de palma confeccionó esteras, escobas, y empleitas. Dos años después, nuevo cambio de oficio. Deja la artesanía por un taxi: Durante diecisiete años, Juan Brito condujo su coche por toda la geografía lanzaroteña, mostrando a los viajeros los singulares parajes de la isla. Juan Brito se convirtió en el Guía no oficial pero siempre solicitado de Lanzarote. Sólo él conocía los más íntimos secretos de aquel inmenso papel secante, -negro, ocre y a veces verde áspero-, sobre el mar Atlántico.

Quizás Brito poseyó siempre esa pasión de saber, de indagar los orígenes de las cosas. Pero fue su constante pasear la tierra lo que lo llevó a interesarse definitivamente por todo lo que había sido aquella en el pasado, y por todo lo que en ella había ocurrido. Leyó los pocos libros que hablan de Lanzarote, de su historia, de su leyenda. Aprendió las anécdotas implícitas a cada lugar; la historia que está pegada a esos nombres sonoros

    Tiagua, Tias, Ye,  
    Masdache, Tahiche, Uga,  
    Guatiza, Mala, Sóo,

que son, ellos sólo, un auténtico poema de significado extraño, aprehensible únicamente en su música. Por su propia mano fueron aflorando de la tierra algunos restos aborígenes. En el Castillo de San Gabriel -hoy Museo Arqueológico- se guardan los más importantes de sus hallazgos; piezas de cerámica, ánforas, etc. Poco a poco Brito llegó a saberse Lanzarote como la propia casa en que vive. Y, finalmente, hacia 1970, logró, como él mismo dice, "su gran deseo": conocer el secreto de confeccionar la cerámica tal y como lo hacían los aborígenes de la isla: cerámica cocida al fuego, de acuerdo con los medios primitivos de que entonces se disponía. También halló -la suerte, como la desgracia, nunca llega sola- el lugar probable donde los aborígenes extraían el barro: la crestería de Famara, una mina de barro negro y rojo que da excelente resultado en la cocción, y donde Brito encontró pruebas suficientes de que había sido utilizada en tiempos lejanos.

    Hecho este descubrimiento,

Brito se dedicó con pasión a su puesta en práctica. En principio volvió a recrear las formas tradicionales. No exclusivamente las de la época prehispanica, sino también las utilizadas durante el siglo XVII y XVIII; una serie de vacijas cuya utilidad principal consistía en medir el grano para el trueque. Con ese repertorio formal, el alfarero -el artista- ejecutó diversas colecciones: su sistema de trabajo es tan simple como efectivo:

para demostrar su legitimidad; constituye el conjunto una galería de personajes de la época, ataviados con los símbolos de sus respectivos poderes o cargos, y cuya identidad Brito ha ido reconstruyendo gracias a sus descubrimientos arqueológicos. Aparte de su rico contenido formal, esas figuras poseen, por tal circunstancia, un alto valor antropológico. En cuanto a sus trabajos figurativos con representaciones de símbolos de la prác-

---

## **Sin abandonar las formas tradicionales ha ido creando otras nuevas, representativas de la historia de Lanzarote**

---

Modela el barro con la mano, ayudado de una piedra -un canto rodado que él llama timijota; luego las introduce en un hoyo excavado en la tierra, previamente relleno hasta la mitad con estiercol, y cubierta luego la pieza con el mismo material combustible. El estiercol arde lentamente, durante cinco o seis horas. Una vez consumido, las piezas continúan sumergidas en aquel calor durante toda la noche -Brito suele "quemar" las cerámicas al atardecer; a la mañana siguiente, el artista saca del hoyo las piezas de barro; endurecido, intensamente rojo con distinta gradación, ennegrecido por algunas partes: el viejo rito ha vuelto a revivir: el hombre dispone de nuevo de unas formas elementales, bellas, áticamente sobrias.

Juan Brito, con una intuición artística notable, sin dejar de repetir las formas tradicionales, ha ido lentamente creando unas nuevas, suyas propias, que encarnan a personajes relacionados con la historia de Lanzarote -la leyenda de la princesa Ico- o con la superstición popular. La primera de las mencionadas es una serie que consta de varios protagonistas -Ico, su padre, su hermano, la bruja Uga, los notables del pueblo, etc.- que reviven las singulares peripecias arrojadas por aquella rubia princesa

tica de hechicería, son más sueltos de formas, más libremente creativos.

En ambos trabajos Brito lleva a cabo la deformación del volumen, de las líneas y de las relaciones entre las diversas partes de la figura propia de los artistas primitivos -y también de algunos modernos que han aprendido de aquellos a poner de relieve de esa manera la parte más significativa de la representación, dándole así un aspecto simbólico, aspecto que los artistas primitivos asociaban a fuerzas demoníacas o celestiales, y que los contemporáneos relacionan con la propia sique del individuo. Queriendo deliberadamente ser antiguo, Brito es un artista de hoy.

Actualmente, Brito ha dejado de conducir el taxi. Sigue recorriendo Lanzarote, ahora como vigilante del Patrimonio Arqueológico Nacional. A veces se queja de que su trabajo no recibe la adecuada protección: teme que con él vuelva a perderse lo que a él tanto le costó encontrar: la forma de dar forma al barro, tal como lo hacían los aborígenes de Lanzarote. Pero él, mientras tanto, es feliz, en medio de sus cuencos, fijamente mirado por los ojos de Uga, la bruja que sabe bien de supervivencias.

LAZARO SANTANA